

DOMINGO DE LA ASCENSIÓN

Ac 1,1-11 + Ef 1,17-23 + Mt 28,16-20



Jesús sube al cielo.

A los cuarenta días de la resurrección, cuando los testigos, los discípulos, estaban convencidos y preparados para hacerse cargo de la misión de Jesús, Jesús subió al cielo. El que había descendido del cielo para hacerse hombre, el Hijo del hombre que se había rebajado a la condición de esclavo muriendo como un malhechor, el que había bajado hasta los mismísimos infiernos, es ahora encumbrado a lo más alto del cielo, a la derecha del Padre. El Padre reconoce y aprueba la obra del Hijo. Es la hora de la Iglesia, cuerpo de Cristo, continuadora de su misión.

Ahí esta nuestra esperanza.

Con Jesús sube al cielo la mirada de sus discípulos y los ojos de todos los cristianos. En Jesús, en el cielo, está nuestra esperanza, porque ése es nuestro destino. Porque también nosotros hemos salido del Padre por el bautismo y al encuentro del Padre se dirige nuestra vida. Eso es lo que Pablo pide para los efesios, que se den cuenta de la gran esperanza a la que están llamados, que confíen absolutamente en el poder de Dios que resucitó a Jesús y se lo

llevó a su diestra como nos llevará a nosotros. La ascensión de Jesús no sólo es la base de nuestra esperanza, es además el programa de vida para los cristianos: encarnación en el mundo, anonadamiento para estar en condiciones de realizar la misión de Jesús, entrega y lucha sin perder nunca de vista el cielo de nuestra esperanza.

De ahí arranca nuestra misión.

Jesús no se va, simplemente cuenta con los hombres, con nosotros. Nos ha elegido y nos envía a todas partes con el encargo de continuar su obra, somos su cuerpo, su Iglesia y la misión es anunciar al mundo entero la Buena Noticia, la resurrección y la ascensión al cielo. La resurrección, para contrarrestar los estragos de la mala noticia de la muerte y de todo cuanto mortifica la vida. La ascensión, para que, a pesar de todo, la esperanza de la vida eterna y feliz nos ayude a mantenernos firmes en esta vida a veces difícil. Es urgente que todo el mundo sea evangelizado, que se entere de esta noticia, para que nadie pierda inútilmente la vida viviendo sin esperanza.

Ahí estriba nuestra fuerza.

El Señor va al cielo para enviarnos el Espíritu Santo, que nos ayudará a comprender las Escrituras, y nos confortará en el desempeño de la misión que nos ha sido encomendada. De este modo la presencia de Dios en el mundo sigue por el Espíritu que nos ha sido dado y que nos capacita para considerarnos y ser hijos de Dios. No hay, pues, en la ascensión del Señor ningún elemento que pueda inducirnos a pensar en abandono o huida o silencio de Dios. Por el contrario, como Jesús mismo advirtió a sus discípulos, es conveniente que me vaya. Porque es conveniente que la voluntad de Dios se cumpla cabalmente. Y esa voluntad sigue siendo la de estar con nosotros.

El Señor está con nosotros.

La ascensión del Señor supone para Jesús, resucitado, la liberación de las limitaciones del cuerpo mortal. Ahora así, ahora puede estar y está con nosotros, con todos nosotros y en todas partes. Ya no está solo en Betania, en Belén o Jerusalén. Está en todas partes por su Espíritu. Está con nosotros cada vez que nos reunimos para celebrar la eucaristía, como lo reconocemos al saludarnos: “El Señor esté con vosotros.” Está con nosotros, porque lo tenemos al alcance de la mano en el prójimo. en el que nos necesita, en el que sufre, en el oprimido injustamente. Está con nosotros, en nuestra intimidad por la gracia. Ésa es nuestra fuerza.